

“CRISTIANISMO ANONIMO”
JORGE RESTREPO POSADA C.M.F.
CLARETIANO

En la Era Patrística surgió la Doctrina del “logos Spermatikos”, que puede resumirse en los puntos siguientes:

1. **Existencia de una revelación original, hecha al hombre por el Logos, en el momento de crearlo (Gn. 2,7) grabándole en el corazón la ley natural, como norma necesaria para el discernimiento moral; es decir, le reveló un conjunto de verdades religiosas y morales suficientes, para su orientación (y el de la humanidad) en relación al destino eterno, que le señalaba, como a “imagen y semejanza de Dios” (Gn. 1,27).**
2. **Degeneración de esa revelación primitiva, como consecuencia del pecado original. Sin embargo, en todos los pueblos, en todas las regiones, en todas las culturas, se conservaron ciertos elementos, o vestigios comunes de esa revelación primitiva, hecha por el Logos.**
3. **Existencia, por tanto, de un cristianismo primitivo, porque el Logos, al encarnarse, vino a establecer definitivamente el Cristianismo, pero a destruir la revelación original, sino a actualizarla y perfeccionarla, como lo afirmó en el Sermón de la Montaña (Mt. 5,17). Según esto, el “Cristianismo” existió, en cierto modo, desde la creación del hombre, pues, “por El, en El y para El, fueron hechas todas las cosas” (Col. 1,16; Jn, 1,3) y, “en previsión de sus méritos infinitos”, todos los seres humanos, que vivieron antes de la Redención y conformaron sus vidas a los vestigios de esa revelación primitiva, pudieron alcanzar la salvación y subir con El al cielo (V.Ef. 4,8); porque “en ningún otro hay salvación” (He. 4,12). Y, en tal sentido, ya ellos eran cristianos.**

Por este motivo, los Padres aplicaron esta denominación a filósofos griegos, como Séneca, Heráclito, Platón, pues en ellos encontraron rescoldos de esa revelación. San Justino decía que, al leer el “Timeo” de Platón, experimentaba casi la misma impresión, que leyendo a Moisés.

En la Historia de la Salvación, estos son los caminos misteriosos, que tiene Dios, para hacer realidad su voluntad salvífica universal (1 Tim. 2,4). Estas son las semillas que El siembra, en la creación de cada alma, ya que “el Logos es la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn. 1,9).

Esta doctrina del “Logos Spermatikos” surgió en la Era Patrística, pero tiene sus raíces más profundas en el Evangelio, como puede adivinarse, en la sorpresa de muchísimos, que ni siquiera oyeron hablar de Cristo, cuando Este les diga, en el Juicio Final: “Vengan, benditos de mi Padre... Pero ¿cuándo fue eso?” (Mt. 25,34-40).

Esto indica que la revelación primitiva, hecha por el Logos, se ha conservado en el fondo del género humano, en todos los tiempos, en todos los pueblos, culturas y religiones, aun de los que llamamos “paganos”, a pesar del “pecado del mundo”, de la dispersión de la humanidad, de la confusión de las lenguas y del politeísmo generalizado. Y, por consiguiente, hay posibilidad de salvación para todos los seres humanos, en cualquier parte, que conformen sus vidas con esa revelación antigua.

Según San Ireneo, “desde el comienzo, Dios había puesto en el corazón de los hombres, los preceptos de la ley natural. Después se los recordó y concretó con el Decálogo” (Haer. 4,15,1). Así lo confirma el “Catecismo de la Iglesia Católica” 2070: “Los diez Mandamientos pertenecen a la Revelación de Dios. Nos enseñan al mismo tiempo la verdadera humanidad del hombre. Ponen de relieve los deberes esenciales y, por tanto, indirectamente, los derechos fundamentales, inherentes a la naturaleza de la persona humana. El Decálogo contiene una expresión privilegiada de la “ley natural”.

El Concilio Vaticano II, No. 22 de la Constitución Gaudium et Spes, recuenta los beneficios, que reportan los que adhieren a Cristo y afirma: “Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por

todos y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual”.

La Doctrina del “Logos Spermatikos” se eclipsó después de la aparición del Islamismo y de la concepción triunfalista de que fuera de la Iglesia no hay salvación. Esa Doctrina ha sido actualizada y retocada por teólogos modernos, con la denominación de “Cristianismo Anónimo”. El más eminente es el jesuita Karl Rahner. Esos teólogos anhelan encontrar una respuesta satisfactoria a la atormentada pregunta sobre la posibilidad de salvación para el 80% de la humanidad, que no conoce el cristianismo del Nuevo Testamento. De la magnífica obra “La Salvación en las Religiones no Cristianas”, del P. Dambriceni, también Jesuita, podemos entresacar algunos postulados, en que descansa la teoría del “Cristianismo Anónimo”:

1. **La sinceridad de la voluntad salvífica universal**, querida por Dios para todos los hombres, tanto antes como después de la Encarnación; y la eficacia infinita de la Redención, también universal, de Jesucristo.
2. **El hecho constante, en la historia humana, de un pluralismo religioso**, que perdura después de 2.000 años de esfuerzo misionero de la Iglesia, como si fuera parte del plan salvífico de Dios.
3. **La condición minorista del Cristianismo, después de 20 siglos**. Esta minoría relativa y absoluta, se acentúa con el paso del tiempo, debido a la explosión demográfica. El Cristianismo apenas representa hoy el 20% de la población humana.
4. **La identidad radical entre el amor a Dios y el amor al prójimo**. “Cuando el hombre -escribe Rahner- alcanza una relación auténtica de amor con su prójimo, realiza también una relación de auténtico amor a Dios, aunque se trate, en el último caso, de una relación inconsciente y no expresamente formulada; y aunque ignore, que Dios tenga parte alguna en lo que él hace por su prójimo”. Lo confirma Mt. 25,34-40.

5. Para esa relación auténtica de amor del hombre con su Creador, a través del amor al prójimo, no se requiere que la religión, que ese hombre practica, se encuentre totalmente libre de errores o corruptelas. Rahner cita el caso de la religión mosaica, querida por Dios, como instrumento de salvación para el pueblo judío. Sin embargo, en ella se dio el caso de la permisión divina del divorcio, por la "dura cerviz" de ese pueblo. De igual manera puede darse en otras religiones la existencia de equivalencias "permisiones divinas".

6. En consecuencia, todas las religiones pueden ser instrumentos de salvación, porque en todas ellas existen vestigios o raíces del cristianismo primitivo, anónimo, revelado por el Logos, desde el principio de la creación. La labor del misionero católico consiste en descubrir esas raíces, purificarlas, perfeccionarlas y orientarlas -dentro de su propia cultura- con la predicación de la Buena Nueva, hasta impregnar de Evangelio toda la Creación, como ordena Jesucristo.

Esta Doctrina del "Cristianismo Anónimo" es consoladora, estimulante y bien fundamentada. Con todo, ha encontrado resistencia en algunos sectores del catolicismo, porque dizque asesta un golpe mortal a las Misiones Católicas, ya que no se justifica su esfuerzo, a veces heroico, si su finalidad no fuera la conversión y evangelización de los paganos, sino solamente enseñarles a ser mejores paganos, a los budistas a ser mejores budistas, a los musulmanes, mejores musulmanes, etc., etc. con el pretexto de que así pueden salvar.

Yo no creo que esto suceda, porque sigue insistente el mandato de Cristo "que se predique en su nombre la conversión, para perdón de los pecados, a todas las naciones" (Lc. 24,47); que "vayan por todo el mundo y anuncien a todos este mensaje de salvación" (Mr. 16,15); que "vayan a los habitantes de todas las naciones; háganlos discípulos míos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enséñenles a obedecer todo lo que yo les he mandado a ustedes" (Mt. 28,19-20). Es decir, no sólo llevar la Palabra que convoca, sino también el Bautismo, que injerta en Cristo, para que sean verdaderos discípulos y cristianos auténticos; no solamente cristianos anónimos. Si, después de hacer todo lo posible, no se logra, entonces "debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien al Misterio Pascual" (GS. 22).

Además, creo que hemos de tener en cuenta -para intensificar el apostolado misionero- otra razón, que no se aduce, pero que yo la veo muy clara: y es la voluntad divina de que todos los "hombres" seamos, en Cristo y por Cristo, hijos adoptivos del Padre Celestial. Hijos en toda su plenitud, o sea, en lo humano y en lo divino. Veámoslo someramente a través del mismo Cristo, pues "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS. 22).

Sabemos que en Cristo hay dos naturalezas: la humana y la divina, totalmente distintas, pero unidas hipostáticamente en su única Persona. Y también sabemos que Dios quiere, "que nos llamemos hijos de Dios y que lo seamos de verdad" (1 Jn. 3,1), ya que "nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo" (Ef. 1,5).

Según esto, podemos ser hijos de Dios -como Cristo- en lo humano y en lo divino, pues para esto "nos creó a su imagen y semejanza" (Gn. 1,26). Aunque bien sabemos que esto no significa, que Dios nos haya hecho desde el comienzo "semejantes a Dios", sino que nos hizo "capaces de Dios"; es decir, nos dio la capacidad para poder llegar a ser "imágenes suyas", imitando a Jesucristo, que síes la imagen perfecta de Dios. Más claro: el Creador no nos hizo de una vez semejantes a Dios; ni nos programó de antemano, para que fuéramos sus imágenes perfectas, sino que nos dio los medios, para que cada cual -autónomamente- vaya madurando su personalidad humana, y su personalidad cristiana, hasta transformarse, como dice San Pablo, "en imagen viva de Cristo" (Rom. 8,29) que es el Hombre perfecto y el Dios perfectísimo, semejante e igual al Padre; es decir, alcanzando el estado de "divinización", que es el estado de perfección, al que todos estamos llamados. Así nos lo pide el mismo Cristo (Mt. 5,48). Y así lo realizó la Virgen María, escalando la cumbre más cimera de la "deificación", a que puede llegar una pura creatura. Es admirable: cada uno es un proyecto amoroso, espléndido de Dios; pero cada uno lo tiene que ir llevando a cabo, ayudado por la gracia.

Por esto, el Concilio concluye: "Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; y esta santidad suscita un nivel de vida más humano, según la medida de la donación de Cristo, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen" (LG. 40).

Esta interpretación la encontramos en el Nuevo Testamento. La imagen de Dios es su Verbo, que se habría de encarnar, para que el hombre fuera imagen de la imagen, o sea, según la imagen de Dios que es Cristo (V. Rom. 8,29; Col. 1,15; Hebr. 1,3). Jesucristo es, portanto, el arquetipo de la imagen de Dios en nosotros. Y así, por El, nuestra imagen natural, nuestra naturaleza humana, queda elevada, transformada en imagen viva, filial (Gal. 4,4-7) a fin de que todos seamos hijos en el Hijo (1 Cor. 6,20; Rom. 8,15-17).

Por consiguiente, nosotros los “hombres” podemos ser hijos de Dios en Jesucristo, por Jesucristo y como Jesucristo, de dos maneras: participando de la naturaleza humana y participando de la naturaleza divina. Así: todo el que tenga naturaleza humana, como Jesucristo, ya por eso mismo -en El, por El y como El- es “hijo de Dios”. Lo recordaba el Vaticano II: “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros” (S. 22), se hizo nuestro Hermano y, por eso, El dirá: “Lo que le hagan a uno de estos mis hermanos, me lo hacen a Mí” (Mt. 25,40). Ya El lo había insistido en otra forma: “Todos ustedes son hermanos, porque tienen un mismo Padre (el mío), el que esta en los cielos” (Mt. 23,8-9).

Todo el Nuevo Testamento es un juego de filiación y fraternidad; y esta es la razón por la cual decía Pablo VI: Todo hombre es mi hermano”. En consecuencia, todo el que tiene naturaleza humana como Cristo, en El y por El, es el hijo de Dios. Y aquí es donde cabe lo del “Cristianismo Anónimo”.

Pero también es aquí donde alguien podría preguntar: si por el solo hecho de ser hombre, de participar de la naturaleza humana, ya uno es hijo de Dios, “¿para qué el bautismo?”... La respuesta la vuelve a dar el Concilio: “El misterio del hombre, sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS. 22). Y Jesucristo, no solamente tiene Naturaleza Humana, sino ante todo Naturaleza Divina; y por esto, también quiere, por encima de todo, que nosotros seamos “participantes de la Naturaleza Divina” (2 Pe. 1,4); y esto sólo se consigue con el Bautismo, que El recomendó a los suyos como tarea primordial.

El Bautismo nos da un nuevo título de filiación divina, que no se puede conseguir de ninguna otra manera. Con el Bautismo sí podemos ser -en Cristo, por Cristo, y como Cristo- plenamente hijos de Dios, en lo humano y en lo divino.

Para una persona, lo más importante es su nacimiento a la vida natural. Pero, según Jesucristo, es todavía mucho más importante su nacimiento, o renacimiento a la vida sobrenatural, como El le recalca a Nicodemo: “Quien no renazca del agua y del Espíritu Santo (en el Bautismo) no puede entrar en el Reino de los cielos” (Jn. 3,5).

El Vaticano II asegura: “Los seguidores de Cristo, han sido hechos por el Bautismo, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza y, por lo mismo, realmente santos” (LG. 40). En verdad, el Bautismo verifica una remodelación de la persona humana que seguirá perfeccionándose, hasta consumarse en la visión beatífica, que la hará partícipe en sumo grado de la misma inmortalidad de Dios (1 Cor. 13,12; 1 Jn. 3,1.2). Con razón los Padres griegos llamaban “**deificación, divinización del hombre**” a este misterio que se inicia en el Bautismo, como plataforma de lanzamiento. Los Padres latinos, más que de divinización, hablaron de **filiación divina**. Pero todos coinciden en la vocación sobrenatural de la naturaleza humana; por tanto, hay que hacerla participante de la naturaleza divina, a través del Bautismo; a fin de que, a ser posible, todos los hombres se conviertan en “discípulos de Cristo” (Mt. 28,19) y en “hijos de Dios” (Gal. 3,26-27).

Por otra parte, el Bautismo satisface los **derechos divinos**, que corresponden a los **derechos humanos**. Por ejemplo: El niño, al nacer, tiene derecho a un nombre. El Bautismo, a ese nombre le da vitalidad eterna, “inscribiéndolo en el Libro de la Vida” (Lc. 10,20; Ap. 20,12). El niño, desde que nace, tiene derecho a un padre y a una madre; el Bautismo le da a Dios, como verdadero Padre y a María como Madre. Tiene derecho a una familia; el Bautismo lo hace miembro de la Iglesia. Tiene derecho a una patria; el Bautismo lo hace “ciudadano del cielo” (Ef. 2,19) como Patria eterna, etc. Tal vez por esto, Cristo insinúa que el Bautismo debe ser lo primero de la vida: “nacer y renacer”. El mismo, al comenzar su vida natural, lo primero fue la circuncisión, que era el bautismo con que los niños se insertaban en el pueblo de Israel; y, al comenzar su vida pública, se hizo bautizar de Juan, para cancelar ese símbolo, e instituir el legítimo Bautismo (Mt. 3,13-17). Y por esto, insistía tanto en que dejáramos a los niños acercarse a El (Mt. 19,14; Mc. 10,14).

Pero debemos recordar -para nuestra vida y nuestro apostolado- que el Bautismo es: **Sacramento de Iniciación**. Se inscribe nuestro nombre en el Libro Parroquial

y en el Libro de la Vida, a fin de que quede constancia de que hemos sido hechos “discípulos de Cristo” (Mt. 28,19; Jn. 6,45).

El Bautismo es una matrícula; y cuando uno se matricula en una escuela, colegio, o universidad, se compromete a tener libros, a asistir a clases y aprender asignaturas, hasta graduarse; y después debe seguir estudiando, porque las ciencias avanzan. Lo mismo, y con mayor razón, el discípulo de Cristo ha de tener el Catecismo (de la Iglesia Católica), la Biblia y ojalá los Documentos del Vaticano II, las Encíclicas de los Papas y los Escritos de la Conferencia Episcopal, para ir profundizando en la ciencia divina, hasta aprender “todo lo que Cristo mandó a los suyos” (Mt. 28,20) y todo lo que el Espíritu Santo les enseñó (Jn. 16,13). Porque es muy bueno estar al tanto de todo, a través de prensa, radio, televisión, libros, etc. Pero es más importante todavía el conocimiento de Dios, de sus leyes y de sus misterios inefables. Pablo VI decía que todos debiéramos ser “profesionales de Dios”; y que ojalá llegáramos a ser “especialistas de Dios”.

Antes se recordaba la copla popular: “Es la ciencia consumada -el que el hombre en gracia acabe- pues al fin de la jornada -aquel que se salva sabe- y el que no, no sabe nada”.

Lo trascendental es, que no seamos “cristianos anónimos”, sino que seamos, y tratemos de hacer de los demás: “cristianos auténticos”, imitando a Jesucristo, el Hombre perfecto y el Dios perfectísimo; o sea, como “verdaderos hijos de Dios, en lo humano, y en lo divino”.